

presa cuando ha logrado su formación completa, después de haber realizado sus estudios en una Escuela de Trabajo, evita los problemas que se plantean cuando se elige uno que no pertenece a la empresa. Los que estén en tal caso, aunque tengan excelente formación, son generalmente recibidos con marcada hostilidad, que muchas veces toma formas violentas, por los obreros que han de ser sus subordinados.

CATEGORÍA SOCIAL DEL MAESTRO INDUSTRIAL

A través de lo que hemos dicho es posible darse cuenta de la magnífica labor que pueden desarrollar las Escuelas de Trabajo. Labor no sólo inmediata, sino de grandísimo alcance y repercusiones sociales. Todos sabemos que a causa de los graves errores de la burguesía liberal y como consecuencia del capitalismo, los obreros viven en un mundo aislado, de cuyo hermetismo habla bien claro la reciente experiencia francesa de los sacerdotes

obreros. Pues bien, por medio de las Escuelas de Trabajo puede llegarse a ese mundo. Podríamos citar nosotros sobre este punto casos y anécdotas. Por otra parte, un muchacho que ha logrado su formación profesional de Maestro habiendo seguido los cursos de una Escuela de Trabajo, adquiere una personalidad humana muy completa. Ascende socialmente, con toda dignidad, a la clase media, y queda en excelentes condiciones para proseguir los estudios de peritaje industrial. Los dos primeros puestos de la última promoción salida de la Escuela de Gijón han sido ocupados brillantemente por dos alumnos que procedían de la clase de Maestros de Taller. En esta Escuela, que se distingue por el rigor de sus estudios, rara es la promoción de Peritos en la que no figure algún graduado de tal clase laboral. Es más, existen muchachos que después de haber seguido los estudios de Maestro Industrial en una Escuela de Trabajo y después los de Perito Industrial en una Escuela de Peritos, han logrado, después de vencer las pruebas de las oposiciones, alcanzar la superior categoría de Profesores de uno de esos Centros.

LOS PROBLEMAS VITALES DEL UNIVERSITARIO ACTUAL

JOSE MARIA DE LLANOS, S. J.

Es difícil traer a juicio una juventud; cada día se me hace más complejo perfilar un estudio declarativo de esta generación, tan comentada y discutida por quienes la conocen y por quienes la ignoran. No incurriré, pues, una vez más en la ligereza de encerrar en unas líneas el estudio de estos hombres jóvenes de nuestras aulas. Sin embargo, algo más modesto, y quizás más urgente, me atreveré a intentar; algo que tampoco puede ser original; algo que incluso ofrece el tono de una pesada insistencia en ideas expuestas muchas veces: los *problemas vitales* de esta gente que con sus libros bajo el brazo vemos diariamente pasar entre nosotros, sus problemas vitales expuestos a la reflexión de los hombres que educan.

Algunos de estos problemas, aquellos que más nos han herido a quienes nos hemos acercado, queriendo llevar luz y buena voluntad. Algunos de

los problemas que viven en su horizonte de alma estos jóvenes estudiantes que saben mal el arte de trabajar bien, peor que el de divertirse acertadamente, y que parece ser todavía ignorar más el arte de amar como Dios manda. Tres fallos, tres problemas extraña y dolorosamente registrados en hombres que paradójicamente trabajan bastante más de lo que ha trabajado otra generación, gastan mucho más que nunca en divertirse, tratan con pasmosa facilidad muchas chicas, e incluso tratan con Dios más que sus padres y hermanos.

He aquí su paradoja y su dolor. Hablaremos de ellos a través de tres puntos: la posición del universitario actual ante el *trabajo*, ante la *diversión* y ante las distintas *relaciones afectivas*.

NO SABEN TRABAJAR

Afirmación categórica que es preciso completar diciendo: y trabajan mucho, por lo menos más que antes. Basta asomarse superficialmente al mundo de nuestros jóvenes de estudio, basta verles y oírles metidos en su tarea. Hay en ella seriedad y preocupación, hay tenacidad y sacrificio. *Lo que no hay es prudencia ni sabiduría; y*

El PADRE LLANOS resume una experiencia de muchos y fervorosos años dedicados a dirigir y orientar a los jóvenes universitarios de Madrid. No se plantea, sin embargo, de modo directo el tema de su vida espiritual, sino ciertos problemas vitales (el sentido del trabajo, las diversiones, los afectos) que colorean y determinan esa espiritualidad.

no lo hay porque estos hombres no tienen clara la razón de su trabajo. De aquí, de esta falta de orientación nace todo el desquiciamiento de su tarea discente, su desquiciamiento y hasta su tragedia.

Nunca, es verdad, supo claramente el hombre joven *por qué y para qué* trabajaba. Siempre sobre las finalidades del trabajo, sobre su sentido y su nobleza, la pedagogía pretérita ha tenido poco que decir. El bagaje de ideas, con el cual de ordinario un hombre se ha puesto a estudiar su carrera, se ha reducido a lo siguiente: *hay que estudiar para ganarse la vida, hay que estudiar porque hay que cumplir con el deber.* Apenas más; según el primer principio, el trabajo es un especial negocio, es propiamente un negocio vital, el mismo que tiene la bestia en la selva, con la diferencia de que el hombre, además de apetito, tiene ambición. Según el segundo, el trabajo se impone por un frío principio categórico y enigmático: el deber. Sería interesante un análisis psicológico que descubriese lo que un muchacho joven encuentra bajo esta apelación al deber, que muy ordinariamente se concibe como al margen del mundo moral, ese mundo moral que se lleva al confesionario. Este "deber" es otra cosa, es un tabú original que han inventado los hombres mayores para que los chicos acepten el trabajo sin más.

HAY QUE ESTUDIAR PARA SUBSISTIR

Pues bien, si esta carencia de ideas claras y precisas acerca del *porqué* se impone el trabajo ha sido siempre, principalmente en España, ahora cuando por diversas causas sociales el trabajo agobia más a los hombres, ahora es cuando se nota más la falta de una mentalidad elevada, que explicando el trabajo a los estudiantes les enseñe cómo hay que trabajar. Ahora, en estos años en los que aquel primer principio: "hay que trabajar, hay que estudiar para comer", se ha convertido en una pesadilla nacional, en una verdadera obsesión que ya empiezan a crear los padres en sus hijos, que el ambiente multiplica y que acaba por dominar tristemente tanta vida joven, angustiada desde la misma elección de su carrera por el negro fantasma de la ganancia. O si queréis perfilar más: por los fantasmas de la codicia y de la desconfianza. Porque ambos, la desconfianza ante un porvenir que ven difícil, arriesgado, en pugna con una sociedad que se lo va a disputar, y la codicia, el afán por resolver ese porvenir con las cifras más rotundas y crecidas, ambas amargas enfermedades del espíritu, enturbian desde los diecisiete años las vidas y los cerebros de nuestros mejores jóvenes.

Preguntemos a cualquier muchacho metido en sus estudios; no es la ciencia, no; no es su adquisición lo que de ordinario le mueve a trabajar, es la "salida" que la tal ciencia va a dar a su existencia. Problema que enturbia la noble estampa del estudiante, dominado por la cuestión extrañamente topográfica de encontrar a aquéllo una "salida". El estudiante, como un becerro encerrado

en el toril, no sueña sino con salir. De aquí cierta prostitución mental desde el arranque de sus estudios, y cierto desinterés para una adquisición generosa de la cultura, y cierto aspecto de pugilato en el modo social de resolver con los compañeros la carrera, y no menos encanijamiento en el plasmado de una personalidad estudiantil doblegada ya por la preocupación ganancial que lo aplebeyiza todo. Sumemos la falta correspondiente de alegría abierta y rebosante, la propia de la juventud cuando no está mordida por estas preocupaciones crematísticas, y las pérdidas, lamentables para la sociedad, de auténticas vocaciones, traicionadas por culpa de esta fiebre, y creo que el balance es bien notable y bien notificador de la gravedad del problema.

No voy a insistir más sobre él. Son muchos los que de un modo u otro lo están haciendo, con la exactitud y autoridad, por ejemplo, de Lain Entralgo; no insistiremos en trenzar la lamentación y analizar su desagradable motivo. Pero sí pondremos enfrente lo que de un modo sumario tantas veces he intentado hacer dando a estos muchachos ejercicios espirituales, a saber: *la teoría de un verdadero y profundo sentido del trabajo y del estudio.* Porque no se suele hacer; porque, repito, sin haberse abierto a los altos horizontes del trabajo humano, nuestra juventud trabaja a lo galeote, pegada a su remo y sin más. Lo he comprobado miles de veces. Al hablar de estas elementales razones que presentan el trabajo del hombre centrado en su justo sentido, muchachos de todas las carreras y profesiones han abierto los ojos de su alma, admirados, atontados. "Nunca nos habían hablado así del trabajo", dicen. Y yo me avergüenzo, me duelo y requemo. *Nunca les han hablado así ni sus padres ni sus educadores, ni sus dirigentes políticos y apostólicos, de la profesión de ellos; nunca sabían por qué y para qué trabajaban. ¿No es esto escandaloso?*

Y la teoría expuesta ni era sutil, ni atrevida, ni nueva. Se reducía a aclarar el sentido religioso, social y dignificador de la persona que tiene todo trabajo, y a situar estos fines en su justo lugar en relación del fin ganancial. Es decir, se reducía a hacerles ver *que todo trabajo humano es una especie de cooperación con Dios Creador en su labor inmensa del Génesis*, y es asimismo la actividad que ennoblece al hombre por encima de todas, pues en ella el hombre, además de conquistar el mundo que Dios le dió, se conquista a sí mismo y se termina. Y todo ello con una fatal e insoslayable dimensión social, que hace del trabajo el primer servicio a nuestra sociedad, con carácter rigurosamente obligatorio. Todo esto tan elemental, aplicado a la vida de los estudios y desarrollado convenientemente, y, sobre todo, concretado en la alta teoría de la vocación personal, con su difícil invención y su finalidad a muerte, es lo que, para vergüenza de nuestra práctica pedagógica, admiraba y sorprendía a miles de universitarios cuando lo descubrían al terminar su carrera.

Opino que el problema está ahí, suficientemente perfilado y reclamando soluciones. Algo tiene que decir la pedagogía ante esta patria enfermedad de la hora, esta epidemia de positivismo profesional; algo, porque se trata de sanar el mis-

mo tejido en que está tejida la sociedad nacional. El serio problema de la mejor distribución del trabajo, más capital que el de la distribución de los bienes, tiene indiscutiblemente una elemental solución pedagógica que urge perfilar, más que todas las demás soluciones que preocupan excesivamente en nuestra enseñanza secundaria. Meter en el alma de nuestros chicos lo que es investigación noble de una vocación y fidelidad a ella, y concepto de lo que ella es en el asunto personal de cada uno con Dios, y en el asunto de nuestro patriotismo hecho responsabilidad, y en el asunto de la misma felicidad y alegría viril, que no puede estar al margen de esa fundamental ubicación del hombre que llega a ocupar entre sus semejantes su exacto y providencial lugar.

LAS DIVERSIONES

Intimamente ligado con el problema anterior se descubre en la vida de estos estudiantes su lamentable manera de resolver el vital problema de su diversión en la vida, problema que ocupa demasiada poca atención en la mente de nuestros pedagogos. Parece ser que es problema sin importancia. El educador religioso lo considera desde el ángulo de su proximidad al pecado, sin casi meterse en más; el educador no religioso alguna que otra vez recomienda el deporte. Con este escaso equipo de ideas sobre la materia, el joven, ardiendo en ansias de divertirse, se va resolviendo estas ansias al compás y dictado de lo que la calle enseña. Y la diversión mal resuelta desencaja lo más íntimo de esas vidas dedicadas al trabajo.

Un hombre que estudia preocupado y cargado con su fardo, sin nobleza de pensamiento, comido de desconfianza hacia una sociedad y una carrera que teme no va a satisfacer sus apetitos; un hombre que estudia así, se comprende que oriente su afán por divertirse en un sentido liberador. Hacia aquí apunta su diversión; la fatiga y cierto hastío y amargura le llevan a soñar con liberarse, por lo menos durante unos minutos, de su cruz profesional. *La diversión se le ofrece como un narcótico, como una evasión de su órbita de responsabilidad.* Y estamos ante una mala resolución de la actividad más espontánea, y por ello más influyente en el modo de ser el hombre joven. No solemos conceder toda la importancia debida a este aspecto de la juventud. Su modo de divertirse, su estilo de diversión, sus preferencias en esta materia, informan todo su modo de ser y más notablemente que todo lo que por la vía de los consejos y exhortaciones podamos hacer los que les formamos.

Una juventud que *ante todo* (y recalco el *ante todo*, porque en el fondo toda diversión tiene que distraer del trabajo), una juventud que ante todo se divierte para olvidar su vocación tal, es una juventud mal situada ante la vida. El mayor peligro de un hombre puede estar en eso que llamaríamos *deserción de su camino o protesta ante el ámbito de su realidad*; cuando esta realidad y este camino están continuamente interrumpidos

por la concesión al olvido, cuando no se ha sabido encontrar en ese mismo trabajo la primera fuente de alegría vital, y se contraponen alegría y vocación, felicidad y deber, es cuando la base misma de una vida humana se está quebrando.

La juventud actual se divierte, diríamos cobardemente; no busca en la diversión, no busca en ella tanto lo positivo que ésta le ofrece cuanto lo negativo de la liberación del trabajo, que por estar mal resuelto, dolorosamente resuelto, exige constantemente concesiones a la blandura, al estupefaciente, a esa zona de irresponsabilidad que denota a la diversión. Creo no exagerar; probablemente ni los mismos jóvenes son del todo conscientes de la tal dirección de sus diversiones; pero su estilo de elegir las y realizarlas está declarando a gritos este su contenido de ellas. Preferencias por el cine, esclavitud, mejor diríamos, por un cine que no tanto les alegra cuanto les ofrece una escapada de su dura tarea; un horizonte engañoso que mal complicado con su codicia resuelve y encona más todavía la mala orientación de su carrera. Preferencias por las diversiones pasivas, esto es, por aquellas en que haya que poner el *mínimum* de esfuerzo para conseguir el *máximo* de placer y de olvido. He aquí la tónica.

Observemos a estos chicos, bien poco alborotadores en comparación de lo que eran otras generaciones de estudiantes; observemos esa seriedad, que no es siempre la seriedad virtud, sino la seriedad impotencia o la seriedad cansancio. Observemos que incluso cuando están divirtiéndose ofrecen la cansina estampa de hombres viejos, más allá de la ilusión y del entusiasmo. Observemos cómo gastan y gastan en búsqueda continua de una nueva distracción, porque no hayan las elementales distracciones de una juventud sana y bulliciosa. No es sólo por el necio prurito de aparentar y de elevar un nivel de vida proporcional al que ya tiene el hombre que acabó su carrera; es algo más profundo lo que lleva a estos infelices a un gasto excesivo en materias de diversión, gasto que constituye una terrible partida gravosa en tantos presupuestos familiares, y que no raramente se resuelve por la vía miserable del pequeño y continuo hurto familiar. Buscan siempre una diversión mayor y nueva, porque no encuentran la suya. Porque no saben divertirse. Y la buscan sin orden, sin plan, sin cabeza, pasando muy ordinariamente de la de la austeridad más absoluta al despilfarro más necio y más inconsciente.

También en ejercicios procuro insistir en el tema. Me parece capital, y también noto que nuestros universitarios descubren entonces el Mediterráneo. Nunca les habían hablado de diversiones, si no era, unos para gravarles la conciencia y nada más con el deber de consultar carteleras de cine, otros para desgravársela, proporcionándoles la novedad de nuevos placeres, unas veces examinados escrupulosamente con un nivel económico, otras veces admitidos sin más porque están hartos de lo de siempre. *Hacerles ver por qué es más propia de la juventud estudiantil la diversión activa que la pasiva, recorriéndose toda la gama de diversiones activas, desde el deporte (la juventud universitaria sigue haciendo poquísimo*

deporte, aunque se note cierto avance, pero lentísimo) *pasando por el trabajo manual y la creación artística, y llegando a la elemental alegría de la discusión y disputa entre amigos; razonarles todo este programa, haciendo una verdadera filosofía de la diversión, es algo que asombra les asombre a nuestros jóvenes de estudio.*

Item más, el análisis de las llamadas diversiones pasivas, su serie y galería de ellas, desde la contemplación de la naturaleza y de la vida, más primarias por ser más verdad, y de las cuales poquísimos jóvenes saben sacar su alegría tonificadora, pasando también después a la contemplación del verdadero arte, que no es precisamente lo que agrada al sentido, sino lo que admira el espíritu, y terminando por la contemplación de lo que es inferior en riqueza vital, como es el espectáculo artificial, y en el artificial haciendo notar la diferencia entre lo hermoso y lo entretenido, lo humano y lo absorbente..., todo este cometido parece ser más importante que tanta disquisición y reclamo de unos espectáculos morales, con la condenación correspondiente de los demás.

El problema de la diversión no lo es sólo de calidad; lo es y más de cantidad; no puede resolverse con unas meras normas de lo que es lícito o ilícito gozar. El universitario, si merece el nombre de tal, necesita le razonen y le presenten la prohibición o la recomendación de un mundo más profundo que el que debe usarse cuando se trata de orientar a la infancia. Una filosofía de la diversión, con su estudio acerca de cómo ella influye en la personalidad humana y en el carácter y en el mismo tono de una sociedad; una filosofía así, sinceramente expuesta, sin gazmoñerías y sin cobardes concesiones a lo del tiempo, sin esas acomodaciones tan tristemente asociadas a otras tantas condenaciones a rajatabla y sin explicación, es decir, toda una actitud distinta, más nueva, más verdad, más juvenil, más valiente, se requiere si deseamos ayudar a estos jóvenes en su problema del bien divertirse humana y cristianamente.

LAS RELACIONES AFECTIVAS

Y tocaremos el tercer problema, que ahí está, como tirado en plena calle, sin que apenas sepamos darle la debida y decisiva solución. Estos chicos, más castos que en otros tiempos (unas veces por temor de Dios, muy de ordinario también mal orientado, con su triste arrastre de escrúpulos y neurosis, y otras veces por codicia y cobardía ante el vicio que complica la vida); estos jóvenes más castos, o si quieren con más precisión, menos lujuriosos que los de antaño, *no saben bien amar.* Como todos los jóvenes de todas las razas y tiempos ansian y sufren el amor, viven su crisis erótica, álgida y penetrante, por culpa del pansexualismo ambiente; lo viven asimismo en verdaderos deseos de encontrar "la mujer" de cada uno; pero ya puestos en la búsqueda y en la más inmediata manera de resolver sus inquietudes interiores, se despistan, se atontolinan, dan-

do lugar a eso nuevo, novísimo, tanto que como rasgo de estas generaciones pasará a nuestra historia: las amistades con chicas.

No me refiero a las amistades corrientes de chicos y chicas, así en plural consideradas; más aún: alabo, como hay que alabar, que rotos ciertos obstáculos tradicionales, hoy día ellos y ellas puedan encontrarse y tratarse con más sencillez y más elementalmente. Lo cual tendrá sus peligros, pero marca indiscutiblemente un progreso no sólo en la redención natural de la mujer, sino, además, en la manera más personal y más sencilla de poder vivir el amor, sin las cortapisas obsesionantes de otros tiempos. Pero... todo progreso arrastra su ganga, y esta ganga nos ha salido bien sucia, o mejor dicho, bien necia. La amistad epicena entre un chico y una chica, que sin ser novios ni estar en camino de serlo, juegan con el amor, llamándolo simplemente amistad. Y hacen con la más espantosa naturalidad la pareja, esa figura humana llena de promesas y de hermosura: la pareja de un joven y una joven, que constituye lo más antiguo y sagrado de la sociedad natural, esa pareja que hoy día no significa otra cosa que una simple manera de divertirse un chico y una chica, cosquilleándose imbecilmente el corazón, sin querer exponerse a nada y con las muy posibles consecuencias de tales cosquilleos amistosos. Esto es no saber amar, porque esto que no es ni matrimonio, ni relación preconyugal, ni el bárbaro y rudo amanecimiento de antaño, esto es contra naturaleza, contra lo más primitivo de la naturaleza; esto con lo cual se ponen las premisas a una sociedad deshidratada, donde el amor pueda dejar de ser pasión para convertirse en ingenuo cubileteo.

No saben amar, a pesar de su hermosa hambre de amor; juegan y destrozan sus propias vidas afectivas y las ajenas, y cuando, al fin, se impone la vida con sus fuertes exigencias, entonces se suelen recoger, de formas bien tristes, los resultados de lo que podríamos llamar irónicamente: el "paradisismo" de esta generación. Y partiendo de aquí seguiríamos encontrando señales de esa desgraciada desviación de la vida afectiva. Estos chicos no han llegado a vivir la recia y fuerte experiencia de la amistad, como se vivió en todas las aulas y claustros universitarios. Son buenos compañeros, pero no suelen ser fuertes amigos; la amistad con ellas desvirtúa la amistad entre ellos. "Me divierto más con Fulanita", me dicen continuamente. Se divierten más y se desvirilizan más, porque cuando el hombre no trata a la mujer en plan de amor pierde su psiquis tonalidad sexual, y se entra en lo equivoco y blandengue que empaña y entristece el alma juvenil.

No saben amar; alguna vez hemos dicho que donde se impone con más urgencia una auténtica revolución nacional es en este terreno, tan alejado de lo económico, tan "sin importancia" ante las personas "sensatas", y tan trascendental en el fraguado y progreso de una sociedad nueva. *La revolución en el modo de amarse nuestras juventudes. El control social sobre este asunto, que proyecta sus consecuencias sobre los futuros hogares. No, no es en el hogar propiamente donde empieza el problema social a apuntar; es antes: en*

el prehogar, en el encuentro del hombre y la mujer; ahí da su primer vagido la vida social, ahí es donde hay que mirar si queremos tomar el pulso a nuestra sociedad del mañana.

No saben amar; su ignorancia habría que extenderla al mismo terreno religioso; pero tratar de esto nos llevaría muy lejos. Dejaremos, pues, el tema esbozado para otra coyuntura semejante. Nuestra juventud que estudia vive, por desgracia, una práctica espiritualidad que en diversas ocasiones he llamado israelítica. Espiritualidad seria, piadosa incluso, hasta temerosa de Dios; pero bastante escasa de ese elemento sin el cual no hay verdadero cristianismo: la caridad, el amor como ambiente y secreto de toda la vitalidad religiosa. No saben amar, viven la ley, si no como santos ni mucho menos, sí con bastante más seriedad con que la vivían sus padres: viven la ley y los Sacramentos; una más que suficiente preocupación les lleva a ejercicios, al templo, incluso a las asociaciones religiosas. Pero la nota hermosa, alegre, expansiva del amor cristiano, no suele encontrarse si no es en selectas minorías, y aun en éstas, aun en éstas...

No saben amar, quizás porque nos les ense-

ñaron bien, bien quizás porque todo esté mezclado siempre con su radical concepción de una vida difícil, que pide esfuerzos amargos para conquistar la pitanza, quizás; pero el hecho es que siendo estos hombres más buenos —así lo confiesan sus mismos padres—, no son más cristianos. A veces les he llamado catecúmenos, a veces israelitas, sometidos a la ley más que amadores de la ley; israelitas con su culto sincero a Yavé y su desconocimiento íntimo de lo que en la vida representa Cristo.

Pero repito que el tema es arduo, y bien merece otro trabajo más detallado y detenido. Hoy creo haber expuesto nada más que la presencia preocupante de unos problemas de educación juvenil, desde el ángulo sincero y elemental desde donde un director espiritual puede hacerlo. Que otros profundicen y saquen las consecuencias científicamente, con el rigor debido y la esperanza de remedio. ¡Ah!, y sin pesimismo, porque el pesimismo es pecado, y en este caso doble pecado; no hay motivo para él, como tampoco para un optimismo que quiera tapar las realidades tristes que siempre ha arrastrado toda generación, incluso las más prometedoras.